

CADA SEMILLA DA MUCHOS FRUTOS, Y CADA FRUTO TRAE NUEVAS SEMILLAS

Miércoles 16 de enero de 2002

Desde sus inicios, en el año 1909, hasta la fecha actual; nuestra iglesia ha tenido un explosivo e ininterrumpido crecimiento, que llama la atención de muchas personas, dentro y fuera de nuestro país. Es así como son bastantes los estudiosos que han tratado de encontrar una explicación; son muchos los turistas que llegan a la Catedral de Santiago, para conocer de cerca este fenómeno; y son varios los libros que se han escrito acerca del tema.

Vivimos en una era racionalista, en la cual muchos se afanan en inventar métodos que les permitan ganar adeptos para una causa u organización determinada. Aquellos que somos testigos directos de lo que ocurre en nuestras congregaciones, podemos afirmar con orgullo que esta es una obra sólida, que crece porque se fundamenta en la Palabra de Dios, y no en las técnicas humanas. El es quien, a través del Espíritu Santo, abre los corazones de los hombres, y consigue que allí crezca el fruto de la semilla evangelista. Sin embargo, esto no se lograría si no existieran personas dispuestas a compartir sus experiencias; y sembrar, de esta forma, la simiente que se multiplica, una y otra vez; hasta formar este hermoso huerto, en medio del cual nos deleitamos día por día.

La historia que relatamos a continuación, acerca del testimonio de varios hermanos nuestros, que llegaron al evangelio en distintos momentos y circunstancias, aunque en algún instante se cruzaron entre ellos; refleja en gran parte esa maravillosa realidad. Cada uno representa un nivel diferente en la ruta hacia el éxito profesional; pero todos tienen en común el hecho de haber alcanzado el título más valioso: ser contado entre los hijos de Dios y herederos de las promesas de Jesucristo.

Leandro y Silvia

A los siete de edad, Leandro se escapaba de su hogar para asistir a un pequeño templo evangélico que estaba ubicado cerca de su casa, en la comuna de Cerro Navia.

Llegó hasta allí acompañando a un amigo del barrio. De vez en cuando se llevaba una reprensión por sus escapes; ya que, según los miembros de su familia, que eran católicos, se estaba convirtiendo en “*canuto*”; pero él insistía, porque le gustaba cantar alabanzas al Señor. Con placer recuerda:

- En mi casa había un membrillo, y a su amparo yo solía orar, para pedirle a Dios por mi familia.

Debido a problemas familiares, el pequeño Leandro debió dejar sus estudios básicos, al finalizar el cuarto año, para ganarse la vida y aportar al sustento de su hogar, trabajando en la feria libre. Así transcurrió su vida, hasta los doce años, aproximadamente, cuando se alejó por algún tiempo de la iglesia; aunque nunca dejó de considerarse evangélico.

Silvia era una muchacha bastante atrevida. Había visto pasar más de una vez a Leandro, frente a su casa. Cierta día se acercó a él, y le pidió dinero para comprar golosinas, aunque su verdadero fin era comprar cigarrillos.

- Para vicios yo no doy - le respondió él.

Sin embargo, a partir de ese día se hicieron amigos, y conversaban con cierta frecuencia.

El padre de Silvia había nacido en el evangelio, pero tras alejarse por algún tiempo, junto a su esposa se incorporó a la congregación de Coronel Godoy. Silvia no estaba dispuesta a dejar las entretenciones mundanas, y asistía a la iglesia a regañadientes; a cambio de que le permitieran asistir a las fiestas, junto a su hermano; aunque al día siguiente aparecieran con grandes ojeras en la Escuela Dominical. Un día le advirtió a sus padres:

- Sólo estoy dispuesta a ir un día por semana a la iglesia, así es que este viernes iré por última vez. Además, quiero tener mi propio testimonio; y no decir que soy evangélica sólo porque me obligan.

Estando en el templo, Silvia escuchó un aviso que atrajo su atención. Era una invitación para aquellos que quisieran realizar el Preuniversitario del Centro Evangélico Universitario (C.E.U.). Entonces pensó que ese era un buen camino para liberarse de la presión que ejercían sus padres para que asistiera a la iglesia durante la semana. Una vez que estuvo en clases, recibió una invitación para asistir a la reunión espiritual que el

Cuerpo realiza semanalmente. Al llegar allí, se sintió tan bien acogida, que se quedó para no irse más. Ella nos cuenta:

- No obtuve buenos resultados ese año; pero eso me permitió darme cuenta que mi mayor interés estaba en seguir las enseñanzas de Cristo, antes que adquirir el conocimiento humano.

Silvia solía acompañar a Leandro en sus compras de provisiones para su negocio. Un día lunes, él vino a buscarla para tal cosa; pero ella le dijo que no podía en esa oportunidad, y le contó que asistía a la Catedral. Entonces él le dijo:

- Yo no asisto a la Catedral, porque soy evangélico.

Entonces ella le reveló, por primera vez, que se trataba de una congregación evangélica. Entusiasmado, Leandro se atrevió a preguntar:

- ¿Y yo podría acompañarte?

Poco tiempo después colaboraba en todas las actividades del C.E.U. Un año después se casaron. Fruto de esta unión, han llegado al mundo cuatro preciosos hijos, que caminan junto a sus padres por el sendero del evangelio.

El hecho de que Leandro estuviera en medio de profesionales y estudiantes no impidió que él se sintiera a gusto. Por el contrario, esta situación ha sido un gran impulso para que, desde hace un par de años, decidiera volver a los estudios, en régimen vespertino; completando recientemente su educación básica. Cuando le preguntamos hasta dónde piensa llegar, nos responde resueltamente:

- ¡Hasta la universidad, hermano mío!

Gustavo

Hace algunos años, Leandro requirió de alguien que le ayudara en su trabajo. Le contó su necesidad a un niño, que se encargó de contactarlo con cierto interesado. Fue así como se presentó en su casa un joven quinceañero del barrio, vestido con una tenida estrafalaria, de acuerdo con la moda “trash” vigente en esa época. Era Gustavo, el segundo personaje de nuestra historia.

El fue un alumno brillante, que solía obtener el segundo lugar de su liceo, en cuanto a su rendimiento. Gracias a ello, obtuvo becas y el reconocimiento de sus

profesores.

- *Y deseaba ansiosamente ser el primero, ya que me sentía superior a los demás* – declara con gran ímpetu.

Pero en su interior había una amargura que le afligía constantemente. Abandonado por su padre, junto a su madre y cinco hermanos; su vida era muy dura, y la inevitable pobreza le obligaba a buscar alguna forma de ganarse unos pesos. Su madre le advirtió de antemano:

- *Sólo podrás estudiar hasta el octavo básico.*

Eso era lo que más le dolía: que otros tuvieran la oportunidad de educarse que a él se le negaba; y que su progenitor no estuviese a su lado en los momentos difíciles.

- *A pesar de ello, igual lo quería* – afirma.

Su triste situación quedó reflejada en las palabras de un profesor, que en cierta oportunidad dijo a sus alumnos:

- *En este curso, sólo hay dos jóvenes que tienen un buen futuro.*

Al escucharlo, Gustavo sintió que él no era uno de ellos; porque esos “dos” tenían medios económicos a su alcance; y familias con papá y mamá, que iban a las reuniones de apoderados y premiaban a sus hijos por sus buenas notas. Entonces reclamaba:

- *¡Por qué habré nacido en medio de esta familia tan pobre!*

Tiempo después comenzó a expresar su rebeldía. Se juntaba con los más revoltosos, y entre ellos trataba de sobresalir por sus fechorías. Corría el tiempo de las llamadas “protestas pacíficas”, en las que cientos de personas se juntaban para demostrar su molestia contra el gobierno militar. En las noticias del día siguiente aparecían los desmanes que, en distintos puntos del país, causaban numerosos violentistas. Entre ellos se hallaba Gustavo, quien, junto a otros jóvenes, descargaba toda su furia cada noche. Romper bienes públicos y privados, rayar muros y desparramar “miguelitos”, eran hechos normales para ellos.

- *Había que ser malo para estar en ese grupo, y yo quería ser el líder* – nos informa.

No duraba en los trabajos debido a su permanente soberbia. En su casa, maltrataba con frecuencia a sus hermanos, y pretendía que todos se pusieran a sus

órdenes. Poco le importaban las protestas de su madre. Cuando cursaba el segundo año medio, se puso a trabajar a jornada completa; y, al sentir el apetito por el dinero propio, decidió abandonar sus estudios.

A los evangélicos los consideraba ignorantes, locos o brujos, porque preferían a un pastor antes que a un médico para tratar a los enfermos, porque danzaban en los templos, o porque contaban revelaciones increíbles que tenían en sus sueños.

A pesar de todo, en las noches tenía pesadillas, y despertaba angustiado por la incertidumbre acerca de qué sería de él después de la muerte; ya que, de alguna forma, creía en la existencia de Dios. Deseaba encontrar la manera de separarse de aquellos amigos inconvenientes, cuya maldad iba en aumento con los años, hasta el punto de caer en la plena delincuencia. Comenzó a pololear, y al ver que en el hogar de su pareja había verdadera unión, quiso encontrar la forma de obtener la paz que buscaba. Entonces comenzó a leer la Biblia.

Así llegó a una iglesia de "mormones", quienes tenían actividades deportivas que le parecieron interesantes. Sin embargo, al no lograr satisfacer sus sed espiritual, ingresó a un grupo de Testigos de Jehová. Fue bien recibido; sin embargo, pronto notó que en las reuniones Jesús nunca era nombrado. Esto le extrañó mucho, ya que según sus lecturas bíblicas, Cristo era tan importante como Jehová. Preguntó acerca de esto, pero nadie supo darle una respuesta satisfactoria. Más tarde, se dio cuenta de que aquellos que cometían alguna falta eran marginados de la congregación; lo cual le molestó bastante.

Fue entonces cuando un niño le habló acerca de la necesidad que tenía Leandro. En seguida se presentó en su casa. Se sorprendió al ver como en ese hogar pedían la bendición de Dios, antes de almorzar; e invitaban a su mesa a quien llegara frente a su puerta. Cuando esta familia cristiana le hablaba de Dios, él se negaba a aceptar su testimonio. Un día Silvia se disgustó, y le dijo:

- Ya no te hablaremos más de estas cosas. Estamos cansados de que todo lo discutas. Eres tú mismo quien debe preguntarle al Señor si lo que te contamos es cierto. El es amor, y sabrá indicarte el camino que debes seguir.

Entonces aceptó una invitación para asistir a la Catedral, e incluso ayudó en labores de pintura. A veces, estando en el templo, decía:

- *Voy a ir a fumar un cigarrillo al baño.*

Pero el hermano Leandro se lo impedía.

Le molestaba que nuestro Pastor hablara con autoridad, y que la iglesia lo tratara con tanto amor. Después de asistir a tres o cuatro reuniones, pensando en jugarse el todo por el todo, se atrevió al fin a pronunciar esta oración, como antes se le había indicado:

- *Señor, yo sé que hay un Dios. Pero quiero sentir algo que me indique el verdadero camino, porque en todas las religiones hay personas que dicen que ellos son los que tienen la verdad. Yo soy pecador, y quiero recibirte como mi salvador personal. Perdóname y entra en mi vida, para que pueda conocerte realmente. Si no ocurre así, esta será la última vez que vengo a este templo.*

En ese instante, algo inexplicable ocurrió:

- *Me elevé del suelo, cerca de cuarenta centímetros; luego contemplé como se abría el techo de la Catedral y vi una luz inmensa, que no me cegaba.*

Al principio se asustó, y quiso rechazar esta sensación tan extraña; pero luego pensó que aquello era la respuesta a su petición, e insistió en que Jesús le visitara. Entonces su corazón se llenó de una alegría indescriptible y se arrojó en el piso, llorando con todas sus fuerzas. Su mente se abrió entonces, y dijo:

- *Gracias Señor, porque ahora entiendo cómo es esto, y por qué los hermanos lloran de alegría, sin sentir vergüenza.*

Al día siguiente, le parecía que los árboles y las nubes alababan a Dios, aunque nunca había oído hablar de ello. Trató de contárselo a sus amigos, pero no le entendieron. Ahora comprendía por qué la Biblia hablaba de Jesucristo, como el Hijo de Dios y Salvador del mundo, a través de su sacrificio en la cruz. En su hogar, sus hermanos lo miraban perplejos, al ver como les servía el desayuno, pedía permiso para todo, y su lenguaje era tan diferente.

- *Ahora la quiero de verdad* – le dijo a su madre – *y me doy cuenta de lo que usted vale para mí.*

Le pidió a Dios que le diera trabajo. Al día siguiente lo vinieron a buscar a su propia casa, para desempeñarse en un lugar donde estuvo durante ocho años. Unos días después lo ascendieron. Un mes más tarde le subieron el sueldo, sin que él lo

pidiera. También pudo adquirir su primer vehículo. Su corazón rebosaba de dicha con sólo acercarse a los templos que comenzó a visitar junto al C.E.U. Le hablaba a quien quisiera escucharle acerca de su testimonio, y pudo ver la conversión de muchos.

Posteriormente se independizó, llegando a realizar diseños para la fabricación de muebles. En más de una ocasión se ha preguntado por qué llegó a un grupo “universitario”, pero ahora entiende que debe continuar sus estudios, y utilizar los dones intelectuales que Dios le brindó.

Alberto

Gustavo fue a comprar algunos materiales que necesitaba para su trabajo. En el camino se encontró con uno de sus antiguos amigos, al cual no había visto en varios años. Era Alberto, de quien hablaremos a continuación.

Gustavo lo saludó y le preguntó cómo estaba.

- *Me ha ido muy mal. No tengo trabajo, y estoy cargado de problemas* – le respondió Alberto.

Tras esta sincera conversación, Gustavo comprendió que la situación de Alberto era muy difícil. Quiso darle ánimo:

- *¡Pero si el Señor es tan bueno! El te puede ayudar, porque te ama. ¿Te gustaría ir a la iglesia?*

- *¡Claro!* – le respondió Alberto. – *En realidad quería que alguien me hablara de Dios en estos momentos.*

Luego se separaron, pero Gustavo quedó sumamente preocupado. Al día siguiente decidió acudir a la casa de Alberto, quien lo recibió muy contento.

- *Me sentí muy bien tras conversar contigo* – le confesó, entre lágrimas.

Luego le contó que se encontraba sumido en las drogas y el alcohol. Se había convertido en un personaje violento, que se trezaba en peleas con otros habitantes de su barrio, aunque nunca usó un arma para defenderse o atacar a alguien.

- *Yo peleaba a combos, porque pensaba que así demostraba mi hombría* – nos cuenta hoy Alberto.

Pero algunos de sus adversarios no eran tan limpios como él. Así es como fue

apuñalado y golpeado con objetos contundentes, yendo a parar a la asistencia pública en más de una oportunidad. Un médico que lo atendió expresó su asombro de que sobreviviera a un corte de dieciocho centímetros en su pulmón derecho, y un centímetro bajo el corazón.

- *Ahora comprendo que fue Dios quien me salvó tantas veces de la muerte – declara emocionado.*

Gustavo permaneció alerta, tras aquel joven atribulado. Un día fue a visitarlo a su casa, sin encontrarlo. Su madre le dijo que podría estar en la plaza, y le manifestó su angustia ante la posibilidad de que lo maltratasen, ya que sabía que lo buscaban para ello. Se dirigió hacia el lugar indicado, y allí lo encontró en medio de un grupo. Grande fue la sorpresa para Gustavo, al ver entre aquellos jóvenes drogadictos a varios que años antes habían sido sus amigos. Incluso algunos que parecían, en aquel tiempo, tener un buen futuro, ya que pertenecían a familias sólidas y con recursos económicos aceptables. Uno de ellos lo saludó.

- *Parecía un cadáver – nos relata Gustavo.*

Entonces agradeció a Dios por haberle librado de todo ese mal. Luego se dirigió a Alberto, y lo invitó a que se fueran para la casa:

- *Tu no debes estar en este lugar. El Señor quiere transformarte, para que seas feliz; y aquí Satanás sólo quiere matarte.*

Consiguió finalmente su objetivo. Un domingo asistieron juntos a la Catedral. Lo que vio Alberto le gustó mucho, pero en los días siguientes volvió a la plaza. En su corazón había un gran rencor, y esperaba encontrar el mejor momento para vengarse de aquellos que lo habían perjudicado. Gustavo insistió en su búsqueda, y cuando Alberto le manifestaba las causas de su amargura, él lo aconsejaba con gran autoridad:

- *Cuando te vengan malos deseos, lee la Biblia. Perdona a aquellos que te han causado daño; cuéntaselo al Señor y El se encargará de aliviar tu carga.*

La perseverancia de este joven predicador dio su fruto en forma paulatina. En más de una oportunidad Alberto asistió a nuestra Catedral en mal estado, debido a sus adicciones. A pesar de ello, comenzó a notar las cosas nuevas que estaban ocurriendo en su vida.

- *Lloraba mucho, algo que era extraño en mí; y salía del templo con ganas de vivir*

y hacer muchas cosas.

Hasta que Alberto se entregó a Cristo, y su vida cambió notoriamente, luego de asistir durante algunos meses a la iglesia. Dejó sus malos hábitos y su espíritu violento. Su propia madre, que antes sufría por él, ahora decía que le costaba entender como podía haberse producido ese cambio tan grande. El mismo responde a esta interrogante:

- Ha sido el amor del Señor. Nadie me criticó en la iglesia por mi situación, pero Dios puso en mi interior la conciencia de que me encontraba preso por el vicio, y que debía liberarme con su ayuda.

También fue muy importante la cálida recepción que tuvo por parte de los miembros del C.E.U., a quienes vio, en un comienzo, demasiado lejanos a su realidad; y entre los cuales hoy figuran sus mejores amigos. Es gratificante oírlo hablar acerca de esto:

- En este grupo se siente el amor del Señor. Se interesan por uno, lo aceptan y lo valoran; lo cual es difícil encontrar en otros lugares del mundo, ya que en ellos cada cual se junta sólo con sus conocidos. En cambio, aquí siento que les importo a todos.

Al escuchar a nuestro Obispo, Alberto sentía que Dios le alentaba a través de sus palabras; hasta llegar a quererlo en gran medida, ya que lo que él hablaba le hacía evocar muchas de sus experiencias personales.

- Al principio era sólo "el Obispo"; hoy en cambio, es "mi Obispo", porque lo amo. Así también son muchos los que, sin conocerme, me han entregado valiosas enseñanzas - añade, lleno de orgullo.

En una visita al templo de Las Brisas, escuchó el testimonio de un hermano al cual él había conocido años antes, fuera de la iglesia; ocasión en que lo vio profundamente deprimido. Era Javier, que daba gracias por la profesión que Dios le había entregado. Alberto se sorprendió el ver el cambio que se apreciaba en él; y esto hizo nacer en su corazón el deseo de estudiar, a pesar de que había egresado más de diez años antes del liceo. Como suele enseñarnos nuestro Obispo, dijo:

- ¿Si él pudo ... por qué yo no?

Entonces quiso integrarse al Preuniversitario que mantiene el C.E.U; pero al darse cuenta de que no tenía dinero, se acercó al hermano Patricio Shara, que preside actualmente el Cuerpo, para pedirle que lo admitieran en los cursos, a cambio de un

pago futuro que obtendría por un trabajo que estaba comenzando. La respuesta que obtuvo le impactó profundamente:

- No se preocupe, hermano mío; ya que usted pertenece a nuestro cuerpo.

Una de las frases más conmovedoras que Alberto suele pronunciar, estremecido por la emoción, y que nos puede ayudar a comprender su inmensa gratitud, es:

- Yo no era nada, no era de nadie, no pertenecía a ninguna parte. La única que se preocupaba por mí era mi madre ... y Dios, aunque recién vine a saberlo hace poco más de un año.

Pero retomar los estudios, después de tanto tiempo, no fue algo sencillo. Cierta día, salió de la clase de matemáticas, que se impartía en el tercer piso del Edificio Sede de nuestra iglesia; muy amargado, porque no había entendido nada. Lentamente bajó la escalera, rumbo a la reunión espiritual del C.E.U., que se realiza en el subterráneo. En su ruta, preguntó:

- ¿Estaré equivocado, Señor, al pretender alcanzar estudios superiores?

Minutos más tarde, al llegar el momento de la oración, el hermano encargado de guiarla, de manera extraordinaria, dijo en voz alta:

- ¡Hermano, siga adelante en lo que Ud. está, porque así va bien!

Alberto, que se encontraba arrodillado junto a los demás, entendió que ese era un mensaje para él; y decidió seguir con sus estudios. Poco después fue invitado a participar en la digitación de datos, dentro del departamento de informática; y más tarde en la fotocopidora del Preuniversitario. Esa consideración le hizo sentirse muy bien, y obtuvo una beca que le permitió prepararse en forma gratuita, y postular por primera vez a la Universidad, tras obtener un buen puntaje.

Sin embargo, aunque éste parezca un gran logro, el mayor beneficio que ha obtenido en su nueva vida cristiana es la paz que sólo Jesús sabe dar. La misma que sintió recientemente, al ser atropellado por un taxi, mientras se dirigía en bicicleta hacia su trabajo. Muy asustado, al verse culpable, el conductor le pidió que lo esperara, hasta que volviera para reparar los daños.

- No volverá, porque pueden detenerlo, le dijeron los testigos del hecho; y también su jefe, al comunicarse con él por teléfono.

Pero Alberto esperó pacientemente, gozoso de experimentar, una vez más, el

cambio que Dios había provocado en su ser; agradeciéndole por ello en su oración.

El taxista regresó, finalmente, y juntos llevaron la bicicleta al taller de reparaciones. Mientras se dirigían hacia allá, Alberto le hizo notar a ese hombre que se cruzó en su camino, cuán diferente habría sido su actitud un año antes:

- Seguramente lo habría golpeado e insultado. Pero ahora soy un hombre nuevo, desde que Jesús salió a mi encuentro, en una plaza de mi barrio.

Javier

Debido a que su madre fue sanada por el Señor, de una grave enfermedad, Javier se crió en un ambiente cristiano. Pero con el transcurso de los años, sus hermanos y su padre se alejaron del evangelio. A pesar de ello, su madre mantuvo la fe y la constancia; llena de esperanzas en que su situación económica, que era bastante precaria, mejoraría; y tendrían una casa más grande, llena de comodidades. También creía que uno de sus hijos ingresaría a la universidad, tal como lo profetizó nuestro Obispo en cierta oportunidad.

A los catorce años, Javier comenzó a cambiar su forma de ver el evangelio. Se sentía obligado a asistir a los servicios de la iglesia, y decidió que debía tener sus propias experiencias. A los quince ingresó al liceo, y se sintió fuertemente influido por los comentarios de algunos de sus profesores, que no eran cristianos; quienes lo invitaban a indagar en otras corrientes del pensamiento humano. Fue así como se convirtió en un gran lector, y también comenzó a escribir sus propios razonamientos. A los dieciséis simpatizaba con ideas políticas de izquierda, que le parecían atractivas porque predicaban la justicia social. Nos cuenta:

- Un profesor de historia, de orientación nazi, nos dijo que el cielo y el infierno no existían de la forma en que los describe la Biblia; sino que ambos reinos se encontraban en la tierra, y que cada cual podía escoger hacia donde ir, por sus propios medios.

Ideas como ésa fueron ganando terreno en su corazón, mientras se alejaba cada vez más del cristianismo. Poco a poco fue involucrándose en actividades donde reinaban las diversiones mundanas. Ya no se consideraba evangélico frente a sus compañeros, y disfrutaba cuando ellos se burlaban de sus antiguos hermanos en la fe, al contar sus

chistes. Su madre sufría al ver su actitud, y no cesaba de citarle el conocido texto bíblico:

- Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: no tengo en ellos contentamiento.

Al llegar al cuarto año medio, la situación económica de su familia había mejorado bastante; y la madre de Javier, viendo realizadas sus expectativas materiales, tenía también la esperanza de que su hijo estudiara en la universidad, para que adquiriese una buena profesión.

- Yo no quería hacerlo, ya que pensaba dedicarme a poner en práctica mis ideas políticas, lo antes posible - afirma él.

Ella le indicó que era conveniente que se inscribiera en el Preuniversitario del C.E.U., consciente de que allí podría encontrarse con personas que le empujarían hacia el camino correcto. Pero Javier se opuso tenazmente:

- ¡No, cómo se le ocurre! El Preuniversitario de la Catedral es de lo último.

Así fue como ingresó a otro preuniversitario, donde se mezcló con personas de mala conducta. Nos relata:

- Fue ahí donde experimenté mi primera borrachera, en una fiesta que yo mismo organicé. Mi madre quería que sólo me dedicara al estudio, pero yo igual quise trabajar, con el fin de tener dinero para gastar con mis nuevos amigos.

Pero aunque aparentemente lo pasaba bien, comenzó a sentir que su vida estaba vacía, tras sufrir una desilusión amorosa. Fue en esas amargas circunstancias que conoció a Alberto, de quien hablamos anteriormente; el cual lo aconsejó a su manera. Sin embargo, ninguno de los dos estaba en condiciones de hablarle del amor de Dios al otro. Javier encontraba que todo estaba mal dentro de nuestra sociedad, donde abundaban la injusticia y la pobreza, y se hizo adicto a las ideas y canciones de protesta. Hasta ese instante, él se creía muy capaz en el terreno intelectual; sin embargo, grande fue su sorpresa ante el exiguo puntaje que obtuvo en las pruebas de aptitud académica.

- A pesar de eso, llegué a pensar que yo mismo era el dios de mi vida, y que podía forjar mi propio sendero al éxito - nos recalca.

Pero entonces ocurrió algo inesperado. Fue llamado a realizar el servicio militar, lo cual significó un duro golpe para él.

- ¡Cómo voy a ir a juntarme con los militares, cuando no los puedo ver! -

protestaba.

En vano presentó todo tipo de certificados médicos y dijo que pensaba seguir estudiando. Al momento de su partida, rumbo al norte de Chile, todos los miembros de su familia lloraban; ya que temían que fuera una mala experiencia para él.

Se dirigió, en seguida, al Estadio Militar; donde se reunió con los demás reclutas. Allí les dijeron que habían llegado a un régimen inflexible, donde aprenderían a ser hombres de verdad. En su amargura, Javier llegó a culpar a Dios por su mala fortuna. Ya no quería vivir en esas condiciones, y sólo deseó escapar de alguna forma. En el Cuartel Pedro Lagos, ubicado en Arica, los encargados notaron que no estaba en buenas condiciones. Era el más lento de todos y, de vez en cuando, era maltratado por esta situación. Un teniente, que era reconocido por su agresividad, lo golpeó en el pecho, en cierta ocasión, al verlo tan deprimido. Un mes más tarde, al comunicarse con su familia, apenas fue capaz de hilvanar algunas palabras, en medio de su desconsuelo y de su llanto.

Al llegar el segundo mes, les anunciaron que saldrían en campaña, hacia el desierto, cerca del mar. Poco antes de partir, apareció un grupo de Gedeones, cuya misión es repartir las Sagradas Escrituras en forma gratuita. El comandante, que no era evangélico, les dijo:

- Estas personas les van a regalar una Biblia, para que ustedes piensen en Dios; cada cual según las propias ideas religiosas que tenga.

Entonces Javier recordó, después de mucho tiempo, las recomendaciones que su madre le hiciera en el pasado sobre la Palabra de Dios, y guardó el Nuevo Testamento que le tocó en el bolsillo de su camisa, como una manera de protegerse; aunque lo consideraba como una especie de amuleto. Sabía que se dirigían a la etapa más dura de su estadía en el Ejército, por lo que les habían contado. Comenzó a urdir un plan para escaparse, sin importar las consecuencias. Pensaba:

- Mi vida ya no tiene sentido. No pude ingresar a la universidad y he causado la desdicha de mi madre ... mi familia sufre por mí. No sé en qué creer ... me siento solo y desamparado.

Comenzó a estudiar los movimientos que se producían en el campamento, con el fin de encontrar la mejor ocasión para huir. Así fue como fijó su hora para el

siguiente domingo, por la noche. Sin embargo, al llegar el día en que realizaría su plan, una vez que terminaron el almuerzo, les dijeron:

- Hoy habrá dos misas: una evangélica y una católica. Así es que deben formarse en dos grupos, según a cual de ellas quieran asistir. Los que no quieran ir a ninguna de las dos, se quedarán haciendo aseo en las carpas.

Al principio Javier decidió quedarse, pero unos compañeros le propusieron que fueran a la reunión evangélica, ya que era más novedosa que la católica; con el fin de evitar el trabajo, porque estaban muy cansados. El accedió y le comunicaron el cambio de su opción al Sargento.

Se sentaron sobre la arena, a escuchar a los uniformados que cantaban himnos, acompañándose con sus guitarras. Javier observó, extrañado, la inmensa alegría que aquellos hombres dejaban ver en sus rostros; y pensó:

- ¿Qué les pasa a éstos? ... ¿Cómo pueden estar tan contentos, si aquí comemos mal, dormimos poco, pasamos frío y terminamos exhaustos?

Mientras tanto, en medio del aire puro de aquel inhóspito lugar, se escuchaban las palabras de aquellos entusiastas coristas, guiados por un joven soldado; como un mensaje lleno de esperanzas:

- Quiero cantar ... quiero cantar, cantarle a El. Aunque el camino sea difícil, junto a El lo pasaré ... lo pasaré.

Otros asistentes a la reunión comenzaron a expresar sus emociones en forma abierta, y Javier también empezó a sentirse tocado por aquel ambiente tan especial, como nunca antes le había ocurrido. Poco a poco se fue acercando al centro de la reunión. Otro hermano abrió su Biblia, y dijo:

- Con Cristo, las cosas viejas pasaron ... he aquí todas son hechas nuevas. Si alguien piensa que su vida ya no tiene sentido, y se siente tan malo, que ha llegado a creer que no merece ser perdonado, hoy Dios le ofrece la oportunidad de nacer de nuevo; por medio de Jesús, que murió crucificado y derramó su sangre para limpiarnos de todos nuestros pecados. El entrará en su corazón y le dará una vida realmente feliz.

Javier se vio retratado en aquellas palabras, y aún así se sintió indigno de participar de la bendición que Dios le ofrecía, recordando los malos actos que había cometido en su pasado reciente. Hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas, y liberó

todas sus emociones, sin que sintiera vergüenza. Recuerda emocionado:

- Fue como si mi corazón, al igual que un vaso inicialmente vacío, se hubiese llenado de agua poco a poco, hasta convencerme plenamente. Entonces dejé de rebatir los argumentos que el Señor ponía en los labios de aquel predicador; me arrodillé y le pedí perdón a Dios, ofreciéndole mi vida. De inmediato me sentí aliviado de mis culpas. Luego manifesté públicamente que había aceptado a Cristo, ante el asombro de mis compañeros; y sentí deseos de correr por las playas vecinas, gozoso por haber recibido el perdón que tanto necesitaba.

Más tarde no perdía oportunidad para contar a los miembros restantes del regimiento, acerca de su conversión. Al domingo siguiente ansiaba encontrar un templo, donde fuese; y llegó a una pequeña iglesia de la ciudad, en la que se desarrollaba un estudio bíblico; donde confirmaba con fuerte voz lo que se decía, ante la mirada extrañada de los pocos hermanos asistentes. Le comunicó a su madre la buena noticia, y le dijo que deseaba prepararse para ingresar a la universidad. Más tarde solicitaron ambos el permiso del Comandante; el cual le dijo a Javier:

- ¿Usted? ... Bueno, si cree que lo puede lograr, le concederemos los días martes, además de los días libres.

Aunque algunos superiores seguían maltratándolo, porque no aceptaban su asombrosa transformación; él ahora rogaba a Dios que los perdonase. El teniente que lo golpeara meses antes fue trasladado a otra zona. Un sargento que lo ostigaba fue jubilado, y se cumplieron sus peticiones más sencillas. Una tarde de domingo, tras salir de la iglesia, llegó atrasado al Cuartel. El cabo de turno le preguntó la razón. El le respondió:

- No podía salir de la reunión, porque mi alegría era muy grande, y quería estar más tiempo con mi Señor.

Emocionado también, el cabo lo dejó pasar sin castigarlo. Como el apóstol Pablo, se sentía llamado a recorrer diversas regiones, junto a otros hermanos uniformados, con el fin de ganar almas para Cristo. Siguió estudiando por su cuenta, mientras sus compañeros hacían apuestas acerca de las posibilidades que tenía de alcanzar su objetivo académico. No eran pocos los que pensaban que lo conseguiría, por la fe que le habían visto exhibir en su conducta, pero otros no creían que pudiera realizarse ese

milagro. Y es que no sólo bastaba con que estudiara, ya que su periodo de servicio terminaba a mediados del año siguiente. Finalmente dio las pruebas, y obtuvo en ellas muy buenos puntajes.

- Le mostré estos resultados a mis superiores, y se mostraron muy sorprendidos. Mis compañeros me felicitaban por ser tan inteligente. Pero yo le daba la gloria a Dios.

Escogió la carrera de Historia y Geografía, en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, ubicada en Santiago. Al llegar el mes de marzo, le comunicaron que debía matricularse personalmente. Pidió el permiso respectivo, pero no le fue concedido. Transcurrió el tiempo, hasta que llegó el día anterior a la expiración del plazo, mientras Javier pedía a Dios que interviniese en su favor. Su madre decidió acudir a las oficinas del Ejército, que se encuentran en el centro de la Capital. Allí pidió conversar con alguien que la pudiera ayudar. Poco a poco, fue ganando la atención de oficiales de mayor grado, hasta llegar a conversar con el Vicecomandante en Jefe de Ejército. Le explicó la situación de su hijo, y cómo él se había convertido.

Luego de escucharla, el General llamó por teléfono, delante de ella, al Regimiento de Arica. Al día siguiente, muy temprano, Javier fue llamado por su Comandante, sin que él supiera la razón.

- Su madre intervino por usted, en Santiago - le explicó.- Hemos recibido órdenes de permitir que se retire. A contar de este instante damos por terminado su servicio militar. Tome sus cosas y váyase a su casa.

Poco después recibió pasajes para regresar, en avión; y así llegar a tiempo a su matrícula. Todos quedaron maravillados de lo que había ocurrido. Un Sargento se ofreció para llevarlo en auto al aeropuerto.

Estando en la Universidad, muchas veces tuvo la oportunidad de revelar su posición cristiana, en medio de tantas ideologías diferentes. Fue el primero en titularse, entre los miembros de su generación, lo que otros atribuyeron a su fe; y fueron varios los que creyeron en Dios, al ver el éxito que alcanzaba. Poco más tarde agradecía, en el templo de Las Brisas, por su título profesional; ante la presencia de muchos hermanos, entre los cuales se encontraba Alberto. Un año antes había decidido ingresar al C.E.U., en cuyo Preuniversitario llegó a impartir clases de Historia. Luego ascendió a Jefe de Departamento, a la Subdirección; y a partir de este año, se desempeña como Director

General del mismo establecimiento educacional que despreciara hace casi una década; con el cual hoy se ha encariñado. Nos cuenta:

- A mis alumnos les digo, que así como hace años hubo un profesor de historia que me inculcó un pensamiento equivocado, ahora yo me permito hablarles a ellos acerca de mi experiencia; y de cómo Jesús cambió mi vida y me dio el triunfo sobre tantos males.